

La psicología del adoctrinamiento*

Philipp Lersch

Este estudio tiene por objeto el procedimiento de manipulación psíquica puesto en práctica en las acciones de limpieza de la era estalinista y en los primeros años de la era de Mao Tse Tung que en China se definió coloquial y metafóricamente como “lavado de cerebro” (Mehnert, 1962, p. 227), y que, bajo esta denominación, ha alcanzado posteriormente celebridad internacional. Los líderes chinos hablan de una “reforma del pensamiento” en el sentido de una reeducación. Sin embargo, con estos términos –así como con la metáfora objetivamente errónea del “lavado de cerebro”– no se aprehende lo esencial de este polémico procedimiento. El concepto de “adoctrinamiento”, común en la literatura norteamericana, es el que mejor designa aquello de lo que en realidad se trata en el “lavado de cerebro”, esto es, de un método diseñado para dismantelar en un adulto los valores, las convicciones, las opiniones y las conductas arraigadas en él por medio de la educación, la costumbre o el desarrollo de su propia individualidad, convirtiendo su conciencia en una especie de *tabula rasa* que es infiltrada y fijada luego con valores, convicciones y opiniones diferentes o incluso opuestas.

Nuestro informe se limita al caso de la República Popular China, donde el procedimiento ha sido desarrollado hasta alcanzar un grado de relativo perfeccionamiento. Ha sido utilizado tanto con personas que se sometieron voluntariamente a él como con enemigos políticos internos, particularmente intelectuales, o externos, como, por ejemplo, soldados norteamericanos que fueron hechos prisioneros por los chinos durante la Guerra de Corea y que, criados y educados en la mentalidad y la ideología democrática, debían ser convertidos en comunistas convencidos.

Las informaciones sobre el procedimiento de adoctrinamiento practicado entonces proceden de personas que fueron sometidas a su aplicación. Estas informaciones se han recogido gracias a testimonios directos o han sido reveladas por encuestas realizadas

en los Estados Unidos por psiquiatras y psicólogos a veteranos de Corea y en Hong Kong a intelectuales chinos que habían sido objeto de “lavado de cerebro” en la República Popular (Schein, 1957; Lifton, 1961).

En su amplio y documentado trabajo, Lifton define el “lavado de cerebro” como una combinación de violencia o coerción externa y de apelación al entusiasmo del sujeto por medio de una exhortación evangelizante, explicando así el alcance emocional y la fuerza acreditada por el procedimiento de “reforma del pensamiento”¹. En una serie de estudios experimentales, un grupo de psicólogos norteamericanos ha tratado de determinar los diferentes procesos psíquicos constitutivos de la reforma del pensamiento, como, por ejemplo, la progresiva asunción de puntos de vista anteriormente rechazados por medio de su verbalización forzosa. De este modo, se estudiaron tanto las condiciones para la modificación de conductas básicas (*basic behavior*) como las confesiones y autoinculpaciones que se producen en el curso de la reforma del pensamiento. También se han investigado en diversos experimentos de simulación los efectos de la privación completa de estímulos sensoriales (*sensory deprivation*) utilizada en ocasiones en el lavado de cerebro.

Con la ayuda de algunas hipótesis, este estudio se propone explicar los procesos psíquicos particulares implicados en los efectos generales del lavado de cerebro como elementos interrelacionados de un procedimiento global minuciosamente concebido y planificado. Para alcanzar este objetivo es necesario mostrar, en primer lugar, los detalles externos del transcurso y la ejecución del procedimiento. Una vez hecho esto, deberán abordarse los procesos internos que

¹ “It was the combination of external force or coercion with an appeal to inner enthusiasm through evangelistic exhortation which gave thought reform its emotional scope and power” (Lifton, 1961, p. 13).

* Conferencia pronunciada el 5 de julio de 1968 en la Academia Bávara de las Ciencias (Sitzungsberichte, Año 1968, Número 3). Traducción de Enric Novella (Instituto Interuniversitario López Piñero / Universitat de València). Publicado con autorización de la Academia Bávara de las Ciencias.

Correspondencia Enric Novella: enric.novella@uv.es

ISSN: 2445-0928 DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2020a15>

© 2020 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/ To cite this article:

Lersch, P. La psicología del adoctrinamiento. *Revista de Historia de la Psicología*, 41(3), 55–64. Doi: [10.5093/rhp2020a15](https://doi.org/10.5093/rhp2020a15)

Vínculo al artículo/Link to this article:

DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2020a15>

tienen lugar en la persona que es sometida al mismo, cuestión que se resolverá por medio de un análisis psicológico-estructural.

I

El procedimiento externo de la “reforma del pensamiento” muestra diferentes niveles de severidad y dureza.

- a) La variante relativamente más moderada, aunque ya bastante rigurosa, fue puesta en práctica en campos de reeducación² en los que se hacía residir a un gran número de personas en un aislamiento completo de su entorno, familia, amigos y conocidos. Estos campos llegaban a albergar a unas 4.000 personas. Estaban subdivididos en secciones de 1.000, formadas, a su vez, por grupos de 100 subdivididos en clases de no más de 10 personas.

Todo estaba organizado de una forma estrictamente jerárquica. En el nivel más alto había un presidente, al que le seguían un vicepresidente, los jefes de sección, los líderes de los grupos de 100 y, finalmente, los responsables de las clases de 10, cada uno de los cuales trabajaba junto con otros tres camaradas encargados de determinadas funciones específicas. Entre éstos, el camarada ejecutivo tenía que ocuparse del programa de estudios, el camarada de organización controlaba la composición de los grupos de 10 y la ubicación de cada uno de los “estudiantes” y el camarada consultor asesoraba en cuestiones personales e ideológicas. Estos tres camaradas tenían unas 10 clases de 10 personas a su cargo, y eran los que desempeñaban el papel principal en los cambios de mentalidad promovidos por el adoctrinamiento.

La reeducación ideológica en los campos duraba unos seis meses y se dividía en tres etapas. Las informaciones disponibles permiten esbozar el siguiente transcurso: En la primera fase de la reeducación, a los participantes de los distintos grupos se les dejaba hacer en total libertad, reinando una atmósfera de camaradería que podía incluso conducir a la formación de un cierto *esprit de corps* (Lifton, 1961, p. 256). En grupos pequeños, se discutía abierta y libremente sin ser expuesto a la crítica. Por contra, en lecciones públicas y conferencias se analizaba y caracterizaba ya la vieja sociedad como podrida y corrupta. En particular, los terratenientes y los burgueses eran definidos como representantes de un orden social obsoleto. Tras las conferencias tenían lugar discusiones en los grupos de 10, en las que el responsable de la clase no tomaba partido frente a los juicios o las opiniones emitidas por los participantes. Sin embargo, debía informar detalladamente y a diario a la instancia de control inmediatamente superior. En esta fase de convivencia leal no era todavía reconocible para el individuo el verdadero significado de lo que estaba ocurriendo.

Esto ocurría normalmente tras unas semanas y en una segunda fase del adoctrinamiento. Entonces, el responsable del grupo retomaba las opiniones emitidas libremente por los participantes en la primera fase y las utilizaba para atacarlos. En presencia de todo el grupo, se examinaba minuciosamente a cada uno de los participantes y se analizaban de forma crítica su entorno, sus opiniones e ideales, su familia y sus anteriores amistades, así como los motivos últimos de su posicionamiento ideológico. Tal como se exige en el sacramento de la confesión o en la situación psicoanalítica, cada participante era forzado a exponer en público sus puntos de vista y a evaluarlos críticamente. Se le emplazaba a informar verbalmente o por escrito de hechos de su vida anterior, conductas, opiniones o simples puntos de vista que pudieran contravenir la ideología comunista. La cantidad y la relevancia de estas confesiones eran valorados como indicios del grado de transformación de la conciencia. Se valoraba especialmente que el participante denunciara a otras personas cercanas, como sus padres o amigos; la inculpación del padre estaba particularmente bien vista.

Todas estas autoinculpaciones y acusaciones se llevaban a cabo en los grupos de 10, donde a cada participante, que debía criticar al resto, se le transmitía la preocupación de ser juzgado como reaccionario si sus críticas eran demasiado débiles. Esta conducta era estimulada también por el hecho de que cada uno de los miembros de los grupos de 10 era, a la vez, el responsable de la reforma de otro miembro de su grupo.

La tercera y última fase de la reforma del pensamiento consistía en una especie de confesión general redactada por escrito a lo largo de unos diez días y en la que debían constar nuevamente todas las autoinculpaciones y denuncias de parientes y amigos realizadas durante la segunda fase. Esta confesión era leída personalmente tras su confección en presencia de altos funcionarios y analizada y criticada de forma conjunta por los otros miembros del grupo. Se la consideraba concluida definitivamente cuando era susceptible de ser aprobada por la totalidad de la dirigencia y de los miembros del grupo. La confesión permanecía en poder del partido y, desde ese momento, acompañaba al individuo a lo largo de su vida.

La participación en los cursos de reeducación se llevaba a cabo de forma obligatoria o voluntaria. Han Suyin, una médica de origen chino-holandés formada en Inglaterra, reproduce en su novela autobiográfica *Todas las delicias del mundo* una carta de un tío suyo en la que éste afirma: “Un espíritu despierto debe aprender todo lo que pueda, y por eso participo actualmente en un curso avanzado de pensamiento y autocrítica”.

- b) El ataque a la personalidad dirigido a reformar el pensamiento se llevaba a cabo en las prisiones de un modo ostensiblemente más duro que en los campos de reeducación. Junto a las declaraciones verbales incluidas en las encuestas realizadas por psiquiatras y psicólogos, disponemos sobre este tema de dos informes autobiográficos muy detallados que han sido publicados en forma de libro. El primero procede del misionero católico flamenco Dries van Coillie (1950), arrestado en Peking a finales de 1951 bajo la acusación de ser un “enemigo del gobierno y el pueblo”,

² Según Lifton, cabe distinguir entre tres formas de estas instituciones, bien estuvieran dirigidas a intelectuales, a intelectuales y no intelectuales o a personas con escasa formación. Lifton habla sucesivamente de “universidades revolucionarias” y “colegios revolucionarios” (Lifton, 1961, p. 492).

recluido durante 34 meses en prisión y, finalmente, liberado y conducido a Hong Kong por un barco inglés en mayo de 1954 en el marco de una serie de acuerdos internacionales. El autor del segundo relato autobiográfico es el inglés Robert Ford (1957)³, que –cedido en calidad de técnico especialista por la Fuerza Aérea Real (RAF) al gobierno tibetano con la misión de implantar un sistema moderno de comunicaciones– fue arrestado por el ejército chino durante la ocupación del Tíbet en 1950 bajo la acusación de espionaje y difusión de propaganda anticomunista y debió pasar cinco años en prisiones chinas hasta que fue también liberado y llevado a Hong Kong. Los relatos de ambos autores con respecto al lavado de cerebro al que fueron sometidos coinciden ampliamente, si bien el procedimiento utilizado en la central de Pekín parece haber sido ejecutado con mayor fidelidad a unos principios estandarizados que el llevado a cabo en las prisiones de provincias periféricas.

También en las prisiones, el elemento central de la reeducación y la reforma del pensamiento consistía en un examen de conciencia que se llevaba a cabo alternativamente en dos situaciones distintas: fuera de la celda y ante un juez o funcionario responsable en interrogatorios interminables y habitualmente nocturnos, y en las celdas, bajo la dirección y control de un supervisor, en sesiones de “trabajo comunitario” con el resto de compañeros de reclusión.

El interrogatorio por parte del funcionario se iniciaba de manera que, sin aportar datos concretos, el preso era burdamente implicado en delitos contra el pueblo y el gobierno que era obligado a confesar. A menudo eran necesarias largas horas de tormentoso interrogatorio hasta que el preso era capaz de percibir desde qué punto de vista y en el marco de qué sistema de valores se le podían computar como punibles su vida anterior, su actividad profesional, su filiación de grupo, sus opiniones políticas o incluso determinadas acciones, hasta que él mismo era capaz de ver y reconocer algunos de sus actos como delitos imperdonables. Sólo cuando el preso había llegado a este punto, el funcionario encargado del interrogatorio daba por iniciado un examen de conciencia, que, en la práctica, nunca llegaba a concluirse. El funcionario nunca se daba por satisfecho: “Ninguna confesión se consideraba completa mientras el preso estaba en reclusión” (Ford, 1957, p. 260). El preso era incitado una y otra vez a seguir pensando y confesando más y más faltas, y, cuando ya no era capaz de encontrar más en su memoria, a referir, “con la ayuda de un nuevo lenguaje”, hechos insignificantes hasta “convertirlos en algo relevante y repulsivo” (Van Coillie, 1950, p. 196). Así pues, el hecho de que no pudiera confesar más delitos no era tomado como prueba de que no había ya nada más que confesar, sino como un indicio de que ocultaba algo y de que su conciencia no había sido todavía suficientemente examinada. Ford sostiene que era típico que cada interrogatorio se concluyera con la frase: “No es usted suficientemente sincero, piense un poco más en ello” (Ford, 1957, p. 203).

En lo que se refiere a los medios utilizados para doblegar a los presos, los informes disponibles hablan de un uso variable

de la coerción física. Ford, por ejemplo, no fue golpeado una sola vez por sus interrogadores o vigilantes, si bien éstos “no tenían límites en cuanto al maltrato psíquico” (Ford, 1957, p. 229). “Se trataba siempre de tormentos psíquicos sutiles y muy elaborados, pero nunca de violencia física” (Ford, 1957, p. 205). Éstos incluían amenazas directas o encubiertas de tortura o ejecución que mantenían a los presos en un estado de terror permanente. También se les impedía llevar a cabo las prácticas habituales de limpieza y cuidado corporal en la celda, lo que implicaba un ataque a su autoestima y dignidad personal que resultaba muy eficaz para minar su resistencia psíquica.

A diferencia de Ford, que sólo habla de vejaciones psíquicas, van Coillie relata que era amordazado durante varios días con las manos en la espalda y con cadenas en los pies que rápidamente le provocaban dolorosas úlceras. Sin embargo, también señala que a lo largo de sus tres años de cautiverio y, siguiendo con seguridad órdenes superiores, este tipo de vejaciones físicas fueron haciéndose cada vez más infrecuentes. Hay motivos para pensar que, también en las prisiones, la aspiración del gobierno chino era la de alcanzar sus objetivos de reforma del pensamiento por medio de una manipulación estrictamente psíquica. No obstante, se hacía comúnmente uso de diversas estrategias de agotamiento psicofísico, entre las que se incluían el estar de pie o sentado durante horas, la privación de luz diurna en la celda –interrumpida a menudo por ráfagas de deslumbramiento con reflectores– y, sobre todo, la privación de sueño.

Asimismo, otro refinado medio psicológico para doblegar al preso durante los interrogatorios consistía en la interrupción repentina del trato habitualmente duro e inquisitorial con apelaciones amables y distendidas, y no sólo con respecto a los temas abordados en la sesión; entonces se obsequiaba al preso con pequeños detalles como el de sentarse con los funcionarios a tomar un vaso de té. El efecto pretendido de estos “baños alternos” psicofísicos era que el preso no considerara al juez sólo como su torturador, sino también como un potencial benefactor frente al que, por agradecimiento, se viera obligado a comportarse como se esperaba de él, esto es, presentando sus acciones y su conducta anterior de tal modo que parecieran ofensas directas a la ideología comunista.

El examen de conciencia que se llevaba a cabo en los interrogatorios individuales frente a los funcionarios proseguía luego en las celdas; en el caso de van Coillie, bajo la supervisión de un jefe de celda que, a lo largo de su propia reclusión y reforma del pensamiento, se había distinguido ya como un “elemento positivo”. El orden del día del encarcelamiento incluía, junto con el estudio de libros comunistas, la repetición agotadora e irritante, día tras día y semana tras semana, de todo tipo de conminaciones al examen de conciencia, donde el preso era juzgado por sus pares con respecto a la corrección de sus confesiones y la gravedad de sus delitos. En esos casos, el esfuerzo por demostrar la sinceridad de los propios cambios de opinión por medio de una crítica despiadada a los demás conducía a menudo a agresiones y animadversiones entre los mismos presos. Van Coillie relata que regularmente se hacían concursos de confesión en los que se trataba de superar a los demás en cuanto a la gravedad de los

³ La consideración de este informe se la debo al Sr. Helmut Berve.

delitos, y de no hacer el ridículo confesando hechos demasiado nimios. También en el relato de Ford se hace referencia a la ambición que se generaba en el curso de la reforma del pensamiento por distinguirse mediante la confesión de delitos particularmente graves: “En la primavera de 1954 nos mostraron una serie de películas, naturalmente para instruirnos, no para entretenernos. La primera trataba de la Guerra Civil China, y debimos discutir sobre ella a lo largo de dos días. Un general del Kuomintang –otro preso– hizo una aguda crítica del filme, que le parecía demasiado tibio; dijo que él mismo había cometido crímenes contra el pueblo mucho más graves que los canallas de la película” (Ford, 1957, p. 277).

La conclusión del examen de conciencia en la prisión daba como resultado un protocolo de confesión de los crímenes cometidos que, especialmente cuando se trataba de presos políticamente relevantes, debía ser leído por éstos en una emisión radiofónica.

Hasta aquí nuestra descripción del procedimiento externo del “lavado de cerebro” en los “colegios revolucionarios” y las prisiones chinas. En cuanto a la manipulación psíquica o reeducación ideológica practicada en los campos de prisioneros norcoreanos con los soldados norteamericanos (Schein, 1957), puede considerarse, atendiendo a su rigidez y dureza, una forma mixta, pero orientada según los mismos fundamentos psicológicos. Lo que se pretendía lograr, tanto allí como aquí, puede sintetizarse pues del siguiente modo: El pasado del probando debía anularse hasta donde fuera posible; debía hacerse borrón y cuenta nueva, *tabula rasa*, de sus anteriores valores y hábitos de pensamiento y acción; el individuo debía “asumir que, en su vida anterior, toda acción u omisión había sido un error” (Van Coillie, 1950, p.135). Necesariamente ligado a esto estaba su desvinculación de todas las relaciones personales previas en el ámbito de la familia, los amigos y conocidos. Con el terreno así despejado, el probando debía introyectar e interiorizar el orden comunista de valores como el único válido en su totalidad, lo que equivalía a una puesta de la conciencia personal en manos del gobierno y sus funcionarios, que se convertían así en quienes dictaban lo que había que pensar, lo que era bueno o malo, o cómo había que comportarse. Con ello, se pretendía alcanzar un máximo de control social por parte del gobierno, junto con una renuncia completa a la esfera de la intimidad personal.

El hecho de que, en gran medida, estos objetivos fueron realmente alcanzados lo prueban tanto las confesiones realizadas por personas sometidas al lavado de cerebro como los relatos literarios de los que disponemos. Van Coillie reconoce que en él se produjo un proceso de transformación interior durante los tres años en los que fue sometido al adoctrinamiento. Al final, acabó expresándose a lo largo de las sesiones de examen de conciencia como se esperaba de él. “Casi inadvertidamente, el gobierno ganaba terreno [...]. Finalmente, había llegado a un estado en el que confesaba cosas que antes nunca habría reconocido” (Van Coillie, 1950, p. 82), esto es, reconocía como delitos acciones o actitudes que, con anterioridad, nunca los habría considerado como tales. De forma coincidente, Ford señala: “Bajo la dirección de Hos y con la ayuda de Huang –compañeros de celda de

Ford en una de las prisiones en las que estuvo recluido– caía continuamente en la cuenta de nuevos crímenes que había cometido contra el pueblo” (Ford, 1957, p. 257). Ford reconoce que “empezó a creer en lo que decía” (Ford, 1957, p. 270). “Es imposible explicar, incluso con todas las palabras que se quiera, cómo alguien que de antemano es un oponente del comunismo, en lugar de reafirmarse en sus convicciones, puede ceder cuando es expuesto a un tormento psíquico como el de las prisiones comunistas” (Ford, 1957, p. 227). “Lo cierto es que, al final, sucumbí en parte a la seducción del comunismo” (Ford, 1957, p. 242). “Mi mente estaba trastornada y confusa, mi pequeño mundo había sido puesto del revés” (Ford, 1957, p. 228).

II

Así pues, si, como es el caso, el procedimiento de adoctrinamiento que se ha descrito hasta ahora en su desarrollo externo y que es conocido vulgarmente como “lavado de cerebro” –oficialmente, “reforma del pensamiento”– puede considerarse exitoso, de manera que las personas que eran sometidas al mismo llegaban a renunciar ampliamente a sus anteriores valores, convicciones, puntos de vista o actitudes y acababan asumiendo otros nuevos que les eran impuestos desde fuera, y no sólo públicamente, sino aceptándolos interiormente e identificándose con ellos (Lersch, 1966), cabe preguntarse ahora por aquello que en realidad ocurría en el psiquismo del probando durante el “lavado de cerebro”, o, más concretamente, en qué particularidades y resortes del psiquismo humano se basaba su método para obtener los resultados esperados.

En el tratamiento de esta cuestión debe abordarse primero la fase estructuralmente primaria del proceso psíquico puesto en marcha con el lavado de cerebro, esto es, el *desmantelamiento* de todo aquello válido y familiar hasta entonces para el probando. La denominación “lavado de cerebro” es, en todo caso, sólo aplicable a esta fase. Posteriormente, habrá que detenerse en los factores implicados en la *implantación* de las conductas y los contenidos psíquicos a adoctrinar. Esta distinción, exclusivamente teórica, se ha trazado sólo con fines didácticos e ilustrativos, pues, como se verá, el desmantelamiento de lo viejo y la implantación de lo nuevo transcurren, en realidad, de forma casi simultánea.

a) En lo que concierne al *desmantelamiento* de las convicciones y opiniones previas, el “lavado de cerebro” intenta lograrlo aparentemente por medio de tres vías psicológicas que remiten a tres niveles diferentes de la vida psíquica: por medio de la instilación de dudas en el ámbito del pensamiento, por medio de la provocación de sentimientos de culpa en el ámbito más profundo de la conciencia moral y, finalmente, por medio de la anulación del entramado de reacciones psicofísicas que, a modo de instrumento para afrontar las diversas circunstancias de la vida, se ha ido formando en cada individuo merced a la experiencia y la costumbre.

La primera vía, la *instilación* de dudas con respecto a lo que hasta ese momento ha sido reconocido y tenido por correcto, aprovecha la circunstancia de que la existencia humana siempre

se halla a medio camino entre la búsqueda de la certeza y el desconcierto frente a lo incierto, y que las afirmaciones referidas a los diversos aspectos de la experiencia, vistas críticamente, no suelen implicar un conocimiento seguro y garantizado, sino que han de tomarse como provisionales e hipotéticas. La sentencia de Descartes *de omnibus rebus dubitandum est* describe este fenómeno básico de la psicología humana del que se aprovecha la reforma del pensamiento. Tan pronto como la existencia se encuentra bajo el signo de la conciencia y de la reflexión sobre sí misma y el mundo, se le aparecen la duda y la incertidumbre en tanto que fenómenos primordiales de la misma. Peter Wust ha recordado el mito bíblico de la serpiente que susurra al primer hijo del hombre, todavía inocente y crédulo: “Quién sabe si no es un engaño fatal lo que hay detrás de todo lo que contempláis, asombrados, como niños, de su aparente belleza” (Wust, 1928, p. 211). Frente a la mayoría de las evidencias aparentemente más incontestables pueden asumirse posiciones que las tornan cuestionables, un procedimiento que, como es sabido, ya practicaron metódicamente los sofistas griegos.

Es justamente esta eventualidad de la existencia la que es aprovechada por los adoctrinadores, forzando a sus probandos a reflexionar de forma incesante y buscando conducirlos al flanco más débil de sus convicciones y opiniones. De todo lo que uno ha reconocido con anterioridad como verdadero, creído como evidente y actuado teniéndolo por correcto, se le exige una justificación, y cada justificación es confrontada con un nuevo “por qué” y “con qué derecho”. En este punto es importante recordar que, en su formación, los adoctrinadores habían sido adiestrados en todos los posibles argumentos que pueden esgrimirse contra el orden social burgués, mientras los adoctrinados eran confrontados con estos argumentos sin una preparación previa y, en consecuencia, no disponían de argumentos sólidos y suficientemente elaborados para defender su antigua sociedad o cuestionar el nuevo orden social en el que se les pretendía adoctrinar.

La instilación de dudas con respecto a lo previamente reconocido y creído como correcto, que apela al intelecto del individuo y genera un estado de inseguridad e incertidumbre, apenas conseguiría su objetivo de alejarle progresivamente de lo que tiene por válido y le es familiar si no se actuara simultáneamente a un nivel anímico más profundo por medio de la provocación de sentimientos de culpa. A juicio de Sargent, “la importancia de la creación de sentimientos de culpa para el lavado de cerebro y la obtención de confesiones no puede sobreestimarse” (Sargent, 1957, p. 172).

Cabe suponer que también aquí se aprovecha un fenómeno humano muy común como resorte para la manipulación psíquica. Se trata de la idea, presente una y otra vez a lo largo de la historia del género humano y ya expuesta por Anaximandro (Zeller y Nestle, 1928, p. 32), según la cual la culpa es consustancial al ser humano. Su expresión más concreta la hallamos en “la idea hindú: con cada paso, con cada respiración, aniquilo lo seres más diminutos. Tanto si hago algo como si no, mi existencia causa daño a otros seres” (Jaspers, 1947, p. 932). Visto así, es imposible pasar por la vida sin sentir culpa. En el *Torcuato Tasso* de Goethe se llega

a decir: “Y lo que uno es siempre se lo debe a los demás”. En *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievsky, el *stárets* Zósimo afirma: “Sabed [...] que cada uno de nosotros es culpable por todos y por todo en el mundo, eso es indudable”. Asimismo, cabe recordar *El proceso*, la novela de Kafka, en la que el ser humano, por el mero hecho de serlo, ya es culpable y se halla bajo acusación, aunque al principio no sea consciente de haber cometido ninguna falta en concreto y ésta ni siquiera llegue a conocerse hasta el mismo final de la novela. Con Schoeps (1960, p. 133), podemos concebir estos ejemplos como representaciones literarias de la culpa religiosa, la cual se manifiesta ante todo en la idea cristiana del pecado original en tanto culpa originaria con la que el individuo carga por el mero hecho de haber nacido. Por último, también el psicoanálisis nos ha mostrado que los sentimientos de culpa son altamente eficaces en el ser humano, aun cuando no sean manifiestos y conscientes sino reprimidos, inconscientes o anónimos. A pesar de que la deducción por Freud de una “culpa inconsciente” a partir de lo que él mismo denominó la “pulsión de muerte” y su potencial destructivo (Freud, 1948) –o, como en *Tótem y tabú*, a partir de la agresividad dirigida a la muerte del padre–, parece cuestionable (Wyss, 1961, p. 75), hay muchas razones que apoyan la plausibilidad de su idea según la cual la conciencia de culpa es consustancial al ser humano (Freud, 1940).

Este sentimiento de culpa todavía difuso –esto es, no referido a ninguna conducta en concreto y, por tanto, anónimo– al que es propenso el ser humano una vez ha superado el estadio de la inocencia y es capaz de adoptar una determinada posición con respecto a sí mismo, debía jugar un papel muy relevante en el “lavado de cerebro” tan pronto como los adoctrinadores eran capaces de darle un contenido adecuado para sus objetivos políticos. Esto ocurría de tal modo que la incorrección de todo lo que el probando había tenido y creído hasta entonces como correcto, que le era sugerida críticamente y de forma progresiva y metódica, se le presentaba a la vez como una conducta moralmente reprobable y por la que debía sentirse culpable ante el pueblo y el partido comunista.

Por lo demás, en algunos casos no era necesario siquiera despertar ese sentimiento originario y difuso de culpa. Conviene no olvidar que en la sociedad “capitalista burguesa” desmantelada en China por el comunismo reinaban en parte condiciones que, a los ojos de cualquier persona mínimamente sensible, resultaban claramente ofensivas para la dignidad humana y la justicia social: de un lado, corrupción administrativa, lujo y derroche en los círculos privilegiados de la sociedad, y, del otro, carencias y privaciones, hambre y miseria, enfermedades y epidemias en amplios sectores de la población, a los que faltaba lo más básico en cuanto a vivienda, ropa o alimentación y para los que un creciente desamparo suponía el único e inevitable destino.

A la hora de despertar los sentimientos de culpa, que suponían un elemento decisivo de todo el proceso de la reforma del pensamiento, hay otro fenómeno básico de la psicología humana que, junto a ese sentimiento originario y difuso del que hemos hablado, jugaba un importante papel. Es consustancial a la naturaleza social del ser humano el hecho de que cada individuo genera en gran medida la conciencia de su valía o falta de ella, de

sus logros o de su culpa a partir del juicio que emite su entorno. Para definir este fenómeno de la psicología social, Cooley ha acuñado el concepto de “yo especular”, que implica que cada individuo necesariamente se ve y se experimenta en el espejo de cómo lo ven, lo juzgan y lo tratan los demás. Cuando a un individuo no comunista se le reprocha, en una letanía incansable, que es culpable ante sus congéneres por su vida, su pensamiento o su conducta anterior, ello suele acabar siendo eficaz, pues a la propensión humana a esa culpa latente y anónima se le unen los efectos del yo especular⁴.

Lo dicho hasta ahora sobre los resortes psicológicos utilizados por la reforma del pensamiento –la instilación metódica de dudas en torno a las cosas tenidas previamente por evidentes y válidas y la generación de sentimientos de culpa– puede definirse genéricamente como una disolución progresiva de los sistemas de referencia previos. Como sistema de referencia debe entenderse la red de convicciones y certezas que, con un cierto orden y estrechamente relacionadas entre sí, sirven a cada individuo para orientarse y subyacen a la visión que tiene del mundo, esto es, el marco dentro del cual cada “elemento [...] adquiere su lugar, su dirección y su medida” (Metzger, 1954, p. 140). Los sistemas de referencia son pues una serie de esquemas muy concretos y relativamente estables para orientarse y conducirse en la vida.

Lo que se tambalea frente a la crítica sistemática y las dudas instiladas continuamente con respecto a las opiniones y los valores previos es el sistema *ideológico-mental* que ha ido adquiriéndose a lo largo de la vida. Por su parte, lo que ocurre con la generación de sentimientos de culpa es una disolución del sistema de referencia *social*, por cuanto los sentimientos de culpa son algo que pertenece a la conciencia, y la conciencia se basa ampliamente, sino exclusivamente, en la responsabilidad sentida frente a la comunidad y la sociedad. De este modo, uno de los objetivos centrales del adoctrinamiento, íntimamente ligado con el proceso psíquico por el que el probando era conducido a desarrollar una conciencia de culpa frente al colectivo, era alienarle de sus relaciones interpersonales previas y, sobre todo, del círculo de su familia y sus amigos, esto es, de aquello que Cooley ha denominado los “grupos primarios”, en los que se da una “cierta fusión” de los individuos en una especie de “todo común”, “de manera que uno, al menos en algunos aspectos importantes, se disuelve en esa comunidad” (Cooley, 1902; Newcomb, 1950, p. 111).

Junto a la destrucción de los sistemas de referencia *ideológico-mental* y *social* en los que la conducta, los juicios y el pensamiento de los probandos habían tenido anclaje hasta entonces, en la praxis del “lavado de cerebro” se llevaba a cabo un último ataque al entramado de la personalidad y sus marcos de orientación previos. Se trata de la desarticulación del sistema de

referencia *pragmático*. Bajo esta denominación debe entenderse el conjunto de estímulos y datos sensoriales que, dentro de un alto margen de potenciales variaciones, se presentan de un modo relativamente invariable, y para cuyo procesamiento y control el individuo ha formado y construido por medio de la experiencia y el hábito un conjunto coherente de respuestas.

El ataque al sistema de referencia *pragmático* se llevaba a cabo en el transcurso del “lavado de cerebro” practicado en algunas prisiones en casos particularmente recalcitrantes, supuestos o reales, de manera que los presos eran retenidos durante días y en una oscuridad completa en celdas de aislamiento en las que la vista adolecía de cualquier punto de referencia y orientación, y en las que, además, se perdía la conciencia temporal, esto es, la conciencia del día y la noche, del hoy, el ayer o el mañana.

Psicólogos y psiquiatras norteamericanos han realizado una serie de estudios experimentales sobre los efectos psíquicos provocados cuando a un individuo se le priva casi por completo y durante largo tiempo de los estímulos cotidianos, sobre todo de tipo óptico y acústico (Solomon *et al.*, 1961). Como secuelas de la privación sensorial prolongada se apreciaron en el ámbito de la percepción y la orientación, entre otros fenómenos, un déficit de coordinación óptico-motora y un desvanecimiento de la constancia en los tamaños y figuras, así como una pérdida de seguridad en la orientación espacio-temporal. A nivel cognitivo se comprobó una disminución de la capacidad de concentración e ideación. En la descripción subjetiva tras el experimento se aludía a la confusión y la desorientación (Solomon *et al.*, 1961, p. 228). Desde un punto de vista psicológico-estructural, el estado post-experimental consistía en una fatiga de las funciones de control y dirección propias de la conciencia del yo, así como de un desmantelamiento de los procesos de evaluación racional de la realidad (Solomon *et al.*, 1961, p. 231).

Si se considera la diferencia que existe entre la situación experimental o simulada de “privación sensorial” y la real o existencial del “lavado de cerebro”, puede advertirse cómo, por medio de la privación de estímulos visuales y acústicos durante días de silencio y oscuridad, se creaban unas condiciones particularmente favorables para los interrogatorios. En ellos, el preso era repetidamente despertado y, completamente exhausto, era expuesto a una luz particularmente intensa. El estado de desorientación, perplejidad y desamparo del preso, obtenido con los medios referidos, se amplificaba asimismo a causa del miedo a un desenlace totalmente incierto que impregnaba todo el periodo de cautiverio y el consiguiente temor a ser expuesto a castigos todavía más severos, con los que se le amenazaba repetidamente de forma explícita o encubierta.

Vistas globalmente, las condiciones a las que era expuesto el preso eran las de una situación de estrés máximo, una situación de sobrecarga psicofísica extrema en un entorno cuya configuración y cuyos estímulos eran exactamente los opuestos a los familiares para él, de manera que ya no podía reaccionar de forma coherente ante ellos con sus esquemas habituales de respuesta y acción. Bajo los efectos de esta situación de estrés se consumaba un derrumbe del esquema de reacciones psicofísicas con cuya ayuda el individuo se había orientado en un entorno

⁴ Un ejemplo muy instructivo de generación de sentimientos de culpa con participación del yo especular en el marco de las prácticas de adoctrinamiento comunistas, así como una descripción de la técnica dialéctica utilizada en esas situaciones, lo da Wolfgang Leonhard en su informe sobre un interrogatorio en la escuela moscovita de la Komintern contenido en el capítulo “Mi primera autocrítica” de su libro *Hijo de la Revolución* (Leonhard, 1955).

familiar, conocido y estructurado gracias a determinados hitos espaciales y temporales, lo que le había permitido responder adecuadamente hasta entonces a las cambiantes circunstancias de la vida⁵.

Con la desactivación no sólo de los sistemas de referencia ideológico-mental y social, sino también del pragmático, los adoctrinadores habían conseguido crear en el probando la *tabula rasa* en la que podían ya infiltrar un nuevo marco de referencia sobre el que implantar después nuevas convicciones, valores, opiniones y patrones de conducta.

b) Tras haber hablado hasta ahora de los procesos psíquicos encaminados a *desmantelar* el entramado psíquico del adoctrinado, el análisis psicológico-estructural del lavado de cerebro ha de dirigirse ahora a aquellos factores con cuya activación se conseguía la *implantación* de nuevas convicciones y puntos de vista. A partir de los informes disponibles, debe suponerse que en esa especie de estadio cero de la existencia generado por la destrucción del sistema de referencia pragmático, la visión del mundo y la orientación para la vida ofrecidas por los adoctrinadores eran vistas y finalmente aceptadas por los probandos como una ayuda y una vía de redención.

No obstante, antes de este ataque final contra el entramado de la personalidad, el asedio a los sistemas de referencia ideológico-mental y social del adoctrinado habían conseguido ya poner en marcha procesos psíquicos que allanaban el terreno e iniciaban el adoctrinamiento en las nuevas convicciones y puntos de vista.

Una primera manifestación explícita del sistema de referencia ideológico-mental a adoctrinar se daba en aquellas situaciones en las que los funcionarios del partido interpretaban a los probandos, a menudo con argumentos muy enrevesados, ciertos comportamientos o actos que éstos confesaban en los interrogatorios, creyéndolos inofensivos o irrelevantes, como ofensas o crímenes contra la doctrina comunista. Así, si ciertos actos llevados a cabo con anterioridad al “lavado de cerebro” con una conciencia plena de integridad moral aparecían a la luz del esquema de valores comunista como ofensas o crímenes, otros actos o conductas que antes de la reforma del pensamiento eran tenidas como reprobables, como la delación de padres o amigos, se presentaban ahora como un mérito político –un fenómeno

gestáltico por el cual la modificación del fondo también altera el contorno de la figura.

Por lo demás, el proceso de adquisición progresiva de los valores y los puntos de vista a adoctrinar se veía favorecido por el hecho de que el rol que uno ha de desempeñar de cara al exterior acaba siendo finalmente internalizado en gran medida, y que uno mismo acaba creyéndose el contenido de una frase que pronuncia repetidamente (Janis y King, 1954). Siguiendo los experimentos individuales y grupales de psicólogos norteamericanos con estudiantes de secundaria masculinos y femeninos, M. von Cranach ha estudiado la cuestión de hasta qué punto se modifica la opinión de una persona cuando, proporcionándole argumentos para su justificación, es forzada a asumir verbalmente o por escrito un punto de vista –con respecto, por ejemplo, a la pena de muerte– que se opone frontalmente a sus propias convicciones (Von Cranach, 1965a; Von Cranach, 1965b). El resultado del estudio consiguió probar de forma metodológicamente impecable que, bajo ciertas circunstancias, la actividad relacionada con la búsqueda de argumentos a favor del punto de vista ajeno tiene como consecuencia un cambio en la opinión original en una suerte de “efecto bumerang”. Procesos psíquicos de esta naturaleza explican el hecho de que, por medio de la asunción forzada –en un principio sólo de forma manifiesta o verbal– de la ideología comunista, ésta pasara a formar parte, de forma consciente o subconsciente, de las convicciones del individuo en el momento en que era requerido a argumentar a partir o a favor de ella⁶. Hasta aquí lo que teníamos que decir sobre los procesos psíquicos que actúan simultáneamente en el desmantelamiento del sistema de referencia ideológico-mental previo y en la implantación del nuevo.

Finalmente, con la destrucción del sistema de referencia social previo se generaba una clara disposición a asumir el nuevo esquema de valores⁷. Cada individuo era obligado a mantener un completo aislamiento interpersonal, puesto que, por un lado, era separado del grupo de referencia previo formado por el círculo de familiares o amigos y, por el otro, se le impedía generar un nuevo sentimiento de pertenencia grupal en el sentido de la conciencia de un “nosotros”. Cada individuo –especialmente en los grupos de diez miembros de las prisiones– era un potencial enemigo, vigilante o delator para los otros, y era sistemáticamente requerido no sólo a informar sin demora al jefe de celda de cualquier comentario crítico o queja, sino –según van Coillie– también a observar las manifestaciones más sutiles en la mímica o en los gestos de los otros, de manera que siempre se encontraba expuesto al peligro de ser acusado él mismo de

⁵ Esto puede verse como un correlato de las experiencias hechas por Pavlov con algunos de sus perros cuando los sometía experimental o casualmente –como tras las inundaciones de 1924 en San Petersburgo– a una situación de estrés intenso. Con la aparición de una situación de sobrecarga extraordinaria y completamente desconocida –en la inundación, los animales fueron arrastrados por la corriente y sus cabezas quedaron atrapadas en la parte superior de las jaulas hasta que fue posible liberarlos– los patrones de conducta adquiridos previamente por medio del condicionamiento quedaron anulados y extinguidos por largo tiempo, y “sólo se reactivaron de nuevo lentamente” (Pavlov, 1953, pp. 315-335). Remitiéndose a las experiencias y teorías de Pavlov, W. Sargant ha proporcionado una explicación neurofisiológica del “lavado de cerebro”: “Los animales y el ser humano se colapsan cuando la tensión y la sobrecarga se vuelven demasiado grandes para que el sistema nervioso las pueda procesar” (Sargant, 1957, p. 36). Sargant cree que “los mecanismos fisiológicos que posibilitan la implantación o la suspensión de ciertos patrones de conducta son los mismos en los animales y en el ser humano” (Sargant, 1957, p. 100).

⁶ En este sentido se expresa también R. Ford: “Si uno hubiera debido simplemente oír la propaganda o repetirla como un papagayo, entonces quizá hubiera estado en condiciones de salir psíquicamente indemne de todo ello. Pero uno debía crear y difundir él mismo la propaganda” (Ford, 1957, p. 272).

⁷ En su informe sobre las prácticas de adoctrinamiento llevadas a cabo con prisioneros de guerra norteamericanos en Corea del Norte, E. Schein enfatiza justamente la aplicación de medidas psicológico-sociales: la disolución forzada de anteriores pertenencias y afinidades de grupo, el aislamiento social de cada individuo y la evitación explícita de la formación de nuevos grupos informales. Schein ve en ello las condiciones decisivas para el éxito de la manipulación psíquica en los campamentos de prisioneros chinos (Schein, 1957, pp. 24 y 28).

traición al gobierno y al pueblo y ser castigado en consecuencia si había percibido en otro algo sospechoso o inculpatario y no había informado inmediatamente de ello al jefe de celda⁸.

De este modo, se generaba y mantenía en todo momento una fuerte desconfianza recíproca. Cada uno estaba solo consigo mismo, todos estaban contra todos y se evitaba eficazmente la formación de grupos “informales” sobre la base de afinidades personales. El hecho de no tolerar “el más mínimo acercamiento entre los presos” era justamente uno de los principios más eficaces en la aplicación del lavado de cerebro (Van Coillie, 1957, p. 363).

A partir de esta situación de aislamiento social y desamparo del individuo resulta comprensible que pudiera generarse en él una disposición a desviar su necesidad de pertenencia grupal, tan propia de la naturaleza social del ser humano, a una instancia abstracta como el Estado en tanto que trasunto del “hermano mayor”, y a buscar en él el necesario recogimiento y sensación de seguridad.

Resumiendo, lo que se ha revelado como el fundamento del lavado de cerebro en este intento de esclarecerlo desde un punto de vista psicológico-estructural ha sido, en primer lugar, un desmantelamiento metódico y planificado de los sistemas de referencia del ser humano para orientarse en el mundo y la vida por medio de la instilación de dudas, la generación de sentimientos de culpa y la inmersión en situaciones de estrés psicofísico intenso. Con las dudas, la inseguridad y el desamparo producidos de este modo en el probando se habían creado ya las condiciones para la recepción y la construcción de los valores, opiniones y conductas a adoctrinar.

Mao Tse Tung resumió este proceso dual por medio de la siguiente máxima: “Siempre se debe empezar por lavar la cabeza del enfermo como es debido. A un enfermo así hay que explicarle claro y alto: ‘Ahora estás enfermo’ –de manera que le invada el temor y empiece a tener sudores fríos, convenciéndole a continuación de que debe dejarse curar” (Mehnert, 1962, p. 230). De acuerdo con esta máxima, el jefe del departamento de interrogatorios le explicó a Robert Ford al ingresar en uno de los penales chinos para contrarrevolucionarios: “Esto no es una prisión en un sentido convencional. Usted debe verlo mas bien como un hospital. Usted está enfermo, mental y socialmente. Nosotros somos sus médicos, y los centinelas sus enfermeras. Queremos curarle de sus erróneas ideas y ayudarle a ver las cosas desde el punto de vista del pueblo” (Ford, 1957, p. 239). El “lavado de cerebro” se entendía a sí mismo, pues, como una especie de psicoterapia. Es difícil responder a la pregunta de hasta qué punto el desarrollo de este procedimiento ha podido basarse en conocimientos derivados de la psicología profunda o de la psicofisiología pavloviana, y, en particular, de su doctrina de los reflejos condicionados. Pero es seguro que el “lavado de

cerebro” hace uso de “mecanismos” psíquicos que han sido descubiertos bien por el psicoanálisis, bien por medio del estudio de la conducta condicionada⁹.

III

Sin duda, hay algunas cuestiones importantes que plantea el informe precedente que, a falta de más información, no pueden responderse todavía de forma unívoca.

En primer lugar, se plantea la cuestión de si hay diferencias caracterológicas o en la forma de ser de los individuos que les hagan más o menos influenciables o manipulables con los métodos de adoctrinamiento descritos. La suposición de que esto es así parece plausible. Hay una serie de tipologías caracteriales en las que, a pesar de que existen notables diferencias en la distribución de determinadas cualidades, el grado de influencia externa en el pensamiento, los valores y la conducta es visto como un rasgo específico de las mismas. A causa de su “autismo” y su “vivir encerrados en sí mismos”, los individuos que, según Kretschmer (1961), pertenecen al grupo de los “esquizotímicos” tienen una tendencia significativamente mayor a erigir una barrera interior y a mantener inalterados los principios que han adquirido para orientar su pensamiento, sus valores o su conducta que las personas del grupo de los “ciclotímicos”, quienes, a causa de su carácter abierto frente al mundo suelen mostrarse más dispuestas a “dejarse instruir y corregir por él” Helwig, 1936, p. 100). Una diferencia análoga existe entre los “introvertidos” y los “extrovertidos” de C.G. Jung (1937) y, partiendo de la tipología de Pfahler (1932), entre las personas con “contenidos psíquicos rígidos” o “fluidos”. Por último, cabe recordar también la distinción de David Riesman entre las personas con un “*locus* de control interno”, cuya perseverancia en los principios y máximas tenidos por correctos ha sido comparada con la acción de una brújula giroscópica, y las personas con un “*locus* de control externo”, que se esfuerzan en todo momento por “asumir el rol que se espera de ellos” (Riesman, 1956, p. 376). Ralf Dahrendorf ha retomado esta distinción al analizar los datos según los cuales aproximadamente un tercio de los 7.190 soldados norteamericanos hechos prisioneros por los chinos durante la guerra de Corea colaboraron con el enemigo como consecuencia del adoctrinamiento de que fueron objeto, mientras los 229 prisioneros de guerra turcos resistieron al adoctrinamiento casi al cien por cien. Dahrendorf cree que una posible explicación para este hecho consiste precisamente en que, de acuerdo con Riesman, el norteamericano moderno pertenece mayoritariamente al tipo con un “*locus* de control externo”, en el que es característica “una ausencia de resistencia frente a nuevas influencias e ideologías” (Dahrendorf, 1961, 343).

Todo lo dicho con respecto a las posibles diferencias caracterológicas en la propensión a ser manipulado por medio de las prácticas de “lavado de cerebro” no pasa, sin embargo, de ser una suposición

⁸ R. Ford recoge el contenido de la Regla nº 18 tal como podía leerse en una de sus prisiones: “Los criminales son responsables de supervisar mutuamente su conducta y de informar discretamente de ella a los funcionarios del gobierno [...]. El que omite un informe es considerado cómplice de la falta cometida” (Ford, 1957, p. 241).

⁹ Según R.A. Bauer, no existen indicios para creer que el “lavado de cerebro” sea una explotación intencionada de la psicofisiología pavloviana o que esté basado en una aplicación consciente de conocimientos científicos de tipo psicológico o psiquiátrico (Bauer, 1957, p. 41). Tampoco Lifton ni Schein avalan esta suposición.

cuya validez es muy difícil comprobar empíricamente. Para hacerlo, debería confirmarse no sólo la adscripción caracterial de las personas sometidas a un proceso de lavado de cerebro, sino también saber hasta qué punto y con qué intensidad fueron utilizados los métodos de adoctrinamiento en su caso. De todas formas, es seguro que, si bien los límites de la tolerancia al estrés varían individualmente, existe para cada individuo una barrera más allá de la cual se colapsan los patrones de respuesta que ha adquirido con la experiencia y con el hábito (Sargant, 1957, p. 48 y 267)¹⁰.

Con respecto a la cuestión de las divergencias individuales en la propensión a ser manipulado mediante el adoctrinamiento puede decirse, por último, que es plausible, aunque tampoco ha sido probado, que personas con una inteligencia superior y una mayor riqueza interior estén más expuestas a ser influenciadas por el adoctrinamiento, porque, de un lado, están más familiarizadas con las inconsistencias de las verdades y las certezas supuestamente absolutas y, por tanto, son más propensas a dudar de lo que han creído hasta entonces correcto y evidente, y, del otro, suelen ser más sensibles a las acusaciones de injusticia social que las personas menos complejas desde un punto de vista psíquico y espiritual.

Tampoco podemos dar una respuesta clara a la cuestión de cuánto tiempo se mantiene el efecto de un adoctrinamiento inicialmente exitoso tras el regreso de la persona a su entorno habitual y al estilo de vida o los sistemas de valores que le son familiares. Van Coillie refiere que cuando se encontraba a bordo del barco inglés que le llevó a Hong Kong –tras 34 meses de cautiverio y recién liberado de la maquinaria del “lavado de cerebro”– todavía se expresaba con la misma mentalidad que cuando estaba en prisión. El efecto del “lavado de cerebro” –afirma de acuerdo con su experiencia personal– “se mantiene mientras uno sigue inmerso en la atmósfera comunista. Pero quien abandona esa atmósfera se libera pronto del hechizo, aunque sigue padeciendo durante mucho tiempo sus secuelas” (Van Coillie, 1950, p. 464).

Otro problema con el que uno se enfrenta en relación con el “lavado de cerebro” concierne la cuestión de la legitimidad con la que se hace uso de la posibilidad de manipular psicológicamente a los individuos. Ciertamente, ésta ya no es una cuestión psicológica, sino ética. Su respuesta es una cuestión que atañe a la conciencia, incluso fuera de la praxis del “lavado de cerebro”. Pues, fuera del ámbito de influencia de los estados totalitarios, existen una serie de prácticas que se llevan a cabo con las personas y que aprovechan explícitamente su potencial para ser manipuladas psíquicamente. Entre ellas, hay que contar no sólo la inquisición de centurias pasadas, sino también las modernas prácticas de propaganda política y publicidad comercial alentadas

por los medios de comunicación de masas, como prueban las nuevas técnicas de “reclamo encubierto” inspiradas en conocimientos derivados de la psicología del inconsciente. Como en este caso, en el que el consumidor –teniendo la errónea conciencia de que decide libremente– es, de hecho, manipulado con fines comerciales a nivel de las pulsiones y los deseos inconscientes, el probando del “lavado de cerebro” era conducido en relación con cuestiones mucho más importantes de la vida a una situación en la que debía pensar y actuar no sólo en apariencia, sino de forma espontánea y con la sensación de decidir por sí mismo. Por lo demás, también la educación que el adulto proporciona al niño en el ámbito familiar o escolar es un proceso de adoctrinamiento, y, si –como ha ocurrido de hecho– se concibe el “lavado de cerebro” como una “reeducación”, podría exigirse para él la misma legitimidad que nos resulta natural en el caso de la educación. En este punto, sin embargo, conviene no olvidar que, cuando la educación no se concibe como una simple coerción o un mero adiestramiento, hay que verla como un recurso que se proporciona al individuo para que se realice a sí mismo por medio de la integración en la sociedad y para que desarrolle con madurez su propia personalidad a lo largo de la vida. A diferencia de esto, el “lavado de cerebro”, llevado a sus últimas consecuencias y practicado en su máxima intensidad, trata de dismantelar la personalidad ya formada y de convertir de nuevo a la persona adulta en un ser tan dependiente como el bebé con el objeto de formarlo a discreción con un programa enteramente nuevo. Ciertamente, las cosas son distintas cuando esta influencia se ejerce en el ser humano desde que es un niño. En esos casos, una “reforma del pensamiento” está de sobra. La puesta en práctica del “lavado de cerebro” con los miembros de la propia nación fue una manifestación de la ruptura que suponía el proceso revolucionario. En ese sentido, su utilización remitía al pasado, pues la generación subsiguiente fue ya educada en esos términos en el marco de un estado totalitario. En caso de guerra, eso sí, podría cobrar de nuevo actualidad si fuera nuevamente utilizado con los prisioneros.

Referencias

- Bauer, R.A. (1957). Brainwashing: Psychology or demonology? *Journal of Social Issues*, 13, 41-47.
- Cooley, C.H. (1902). *Human Nature and the Social Order*, Nueva York, USA: C. Scribner's Sons.
- Dahrendorf, R. (1961). *Gesellschaft und Freiheit. Zur soziologischen Analyse der Gegenwart*, Munich, Alemania: Piper Verlag.
- Ford, R. (1957). *Captured in Tibet*. Londres, UK: G. Harrap & Co.
- Freud, S. (1940). Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse. En *Gesammelte Werke*. Londres, UK: Imago, Vol. XI, pp. 344ss.
- Freud, S. (1948). Hemmung, Symptom, Angst. En *Gesammelte Werke*. Londres, UK: Imago, Vol. XIV, pp. 115ss.
- Helwig, P. (1951). *Charakterologie*, 2ª ed. Stuttgart, Alemania: Klett.
- Janis, I. y King, B. (1954). The influence of role playing on opinion change. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 49, 211-218.
- Jaspers, K. (1947). *Von der Wahrheit*. Munich, Alemania: Piper Verlag.
- Jung, C.G. (1937). *Psychologische Typen*. Zürich, Suiza: Rascher Verlag.
- Kretschmer, E. (1961). *Körperbau und Charakter*, 24ª ed. Berlín, Alemania: Springer.
- Leonhard, W. (1955). *Die Revolution entläßt ihre Kinder*. Colonia/Berlín, Alemania: Kiepenheuer & Witsch.

¹⁰ Aunque, según las indagaciones de E. Schein, el adoctrinamiento chino sólo consiguió una auténtica transformación en el sistema de valores y una reorientación ideológica explícita en muy pocos de los prisioneros de guerra norteamericanos de Corea –si bien en muchos casos sí logró un colaboracionismo que bien pudo estar motivado por consideraciones racionales, por miedo o por otras razones (Schein, 1957, p. 26 y 28)–, esto no puede tomarse como una prueba de la capacidad de resistencia de los adoctrinados, pues puede explicarse igualmente por la circunstancia de que, en sus campamentos, los chinos estaban más interesados en lograr un control de los grupos que de los individuos (Schein, 1957, p. 21), de manera que el procedimiento grupal en el que se intentaba la manipulación psicológica de los individuos particulares no pudo alcanzar el grado de intensidad que solía tener el procedimiento personalizado.

- Lersch, P. (1966). Echtheit und Unechtheit. En *Aufbau der Person*, 10ª ed. Munich, Alemania: Johann Ambrosius Barth, 565-593.
- Lifton, R.J. (1961). *Thought Reform and the Psychology of Totalism: A Study of 'Brainwashing' in China*. Nueva York, USA: W W Norton & Co.
- Mehnert, K. (1962). *Peking und Moskau*. Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.
- Metzger, W. (1954). *Psychologie*, 2ª ed. Darmstadt, Steinkopff.
- Newcomb, Th.M. (1950). *Social Psychology*. Nueva York, USA: Holt, Reinhart and Winston.
- Pavlov, I.P. (1953). *Sämtliche Werke*, Vol. 3. Berlín, Alemania: Akademie-Verlag.
- Pfahler, G. (1932). *Vererbung als Schicksal. Eine Charakterkunde*. Leipzig, Alemania: Johann Ambrosius Barth.
- Riesman, D. (1956). *Die einsame Masse. Eine Untersuchung der Wandlungen des amerikanischen Charakters*. Darmstadt/Berlin-Frohnau/Neuwied am Rhein, Alemania: Luchterhand.
- Sargant, W. (1957). *Battle for the Mind. A Physiology of Conversion and Brainwashing*. Londres, William Heinemann.
- Schein, E.H. (1957). Reaction patterns to severe, chronic stress in American army prisoners of war of the Chinese, *Journal of Social Issues*, 13(3), 21-30.
- Schoeps, H.-J. (1960). *Was ist der Mensch?* Gotinga, Alemania: Musterschmidt.
- Solomon, Ph., Kubzansky, Ph., Leiderman, P.H., Mendelson, J.H., Trumbull, R. y Wexler, D. (Eds.) (1961). *Sensory Deprivation: A Symposium Held at Harvard Medical School*. Cambridge MA, USA: Harvard University Press.
- Van Coillie, D. (1950) *Der begeisterte Selbstmord. Im Gefängnis unter Mao-Tse-tung*. Donauwörth, Alemania: Verlag Auer Cassianeum.
- Von Cranach, M.L. (1965a). Meinungsänderung durch eigenes Handeln: Die Rückwirkung einstellungskonträrer Agitation, *Psychologische Forschung*, 28, 89-152.
- Von Cranach, M.L. (1965b). Meinungsänderung durch eigenes Sprechen, *Zeitschrift für experimentelle und angewandte Psychologie* 12(1), 1-9.
- Wust, P. (1928). *Die Dialektik des Geistes*. Augsburg: Benno Filser.
- Wyss, D. (1961). *Die tiefenpsychologische Schulen von den Anfängen bis zur Gegenwart*. Gotinga, Alemania: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Zeller, E., Nestle, W. (1928). *Grundriß der Geschichte der griechischen Philosophie* (13ª ed.). Leipzig, Alemania: O. R. Reisland.